



© Federico Gama.

DESDE... Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

Jóvenes entre fronteras y al borde: la Mara Salvatrucha y la pandilla del Barrio 18

Alfredo Nateras Domínguez*

DESDE...

Este artículo tiene la finalidad de reflexionar acerca del dispositivo teórico/metodológico utilizado con respecto a uno de los sujetos juveniles transnacionales¹ más complejos y cambiantes en el tiempo histórico y el espacio social: me refiero a la Mara Salvatrucha (MS-13) y la pandilla² del Barrio 18 (B-18), cuyos integrantes son oriundos de los países que integran el triángulo del norte de Centroamérica (Guatemala, Honduras, El Salvador), si bien muchos de ellos emigran a los Estados Unidos de América.

Dichas reflexiones se sustentan en mi reciente experiencia de investigación antropológica realizada de octubre a diciembre de 2008 en el Salvador, Honduras y Guatemala, por lo que en

algún momento utilizaré fragmentos y notas de mi diario de campo. Al mismo tiempo, haré uso de ciertos testimonios de integrantes de estos agrupamientos y daré voz a otros actores de esta trama sociocultural. A fin de proteger a los informantes, se omitirá cualquier información que pueda identificarlos y ponerlos en riesgo, por lo que se inventarán nombres, apodos y lugares.

El planteamiento va a ser muy abierto, descriptivo y, a ratos, esquemático, en tanto sólo interesa problematizar, construir interrogantes y preguntas, más que desarrollar un análisis profundo, interpretativo/compreensivo; en todo caso bosquejaremos únicamente algunas respuestas provisionarias o hipótesis a manera de acercamientos y aproximaciones.

* Profesor-investigador. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa. E-mail: tamara2@prodigy.net.mx

¹ En relación con el concepto de lo transnacional compartimos la postura de Michael Kearney (1995), en tanto refiere a los vínculos que se establecen entre varias naciones desde el imaginario de los Estados-nación y cuyas dimensiones más significativas están en los ámbitos de lo cultural y lo político.

² En inglés, *gang* significa pandilla/pandillero y connota la idea de violencia, delincuencia/delincuente. Dicha terminología se desprende de los estudios de la escuela de Chicago durante la década de 1930. Lo interesante es que una parte importante de la academia/la investigación y de los propios integrantes de estos agrupamientos lo tienen tan incorporado que han reproducido dicho término en los estudios contemporáneos y en las definiciones o identificaciones de sí.

Los intersticios

Estos trozos de narrativa de investigación van encaminados a reposicionar la importancia de los contextos (políticos, sociales, económicos y culturales) a partir de los cuales se construyen estos sujetos juveniles y formas diversas de agrupamientos transnacionales, por lo que centraremos nuestra mirada etnográfica en algunos miembros de la Mara Salvatrucha y de la pandilla del Barrio 18.³

Si la investigación e intervención etnográfica es un proceso social que construye determinados conocimientos/saberes, éstos necesariamente tienen que estar anclados, y de igual manera nos preocupa enfatizar las particulares vicisitudes socioculturales a partir de las cuales se producen y reproducen esos conocimientos que adquieren el rostro de discursos en su vertiente o veta de lo académico, particularmente en los circuitos mediáticos.

En dicho proceso social de la investigación también vamos a fijar la reflexión en el sujeto que investiga (la tesisura subjetiva), en su quehacer de reconstruir las subjetividades sociales de los *otros* (las alteridades). Situación que conlleva reflexionar no sólo acerca del lugar académico, sino sobre todo el posicionamiento político del sujeto de la enunciación –llamémosle como le llamemos–: el investigador, el etnógrafo, el gestor, el interventor.

Ya que la investigación, y el sujeto que investiga, construye conocimientos y saberes, inevitablemente se circunscriben a una ética social encaminada a probar su legitimidad a partir de su rigurosidad científica y utilidad social; es decir, deben estar encaminados a desmontar los discursos hegemónicos (orales/visuales) cuando se dice y representa a esos sujetos juveniles transnacionales y sus formas de agregamientos, como es el caso de las configuraciones de la MS-13 y la pandilla del B-18.

Los sujetos transnacionales

Es muy importante marcar y aclarar una diferencia simbólica (de representación identitaria) muy importante entre la pandilla del Barrio 18 y la *mara* Salvatrucha. Situación no menor, en tanto que aquí encontramos algunas claves interpretativas y comprensivas para tratar de entender



© Federico Gama.

las irreconciliables contraposiciones identitarias entre ambos grupos que conllevan a situaciones extremas en el ejercicio de las violencias, es decir, en su vertiente de eliminar (asesinar) al otro y, por consiguiente, activar al infinito los mecanismos de las venganzas.

En términos generales, en Centroamérica el significado de la palabra *mara* alude a grupo o agrupamiento, por lo que podemos afirmar que hay distintas configuraciones de *maras*; la *mara* deportiva, la *mara* de amigos, la *mara* estudiantil y la *mara* Salvatrucha, de cuya descomposición tenemos: *Salva* de El Salvador y, *trucha*, ponerse listo, *avispado*. Por el contrario, la pandilla se constituye y alimenta de una parte de los *cholos* mexicanos, y en realidad son éstos quienes aportan los tonos y matices identitarios a los integrantes del Barrio-18 a partir de su clásico anclaje territorial: el diseño de su estética corporal (los atuendos, las fachas, los tatuajes –con todo e imágenes–), las gestualidades del cuerpo, los códigos de honor, las reglas y los rituales de iniciación, por mencionar tan sólo estos.

La rivalidad entre ambos es a “muerte”, es decir, se trata de aniquilar al contrario, por lo que se da una abierta contraposición a partir de reafirmarse ante “el otro” y qué mejor que matarlo o causarle algún daño (herirlo o dejarlo lisiado, por ejemplo). Estas formas de reafirmación pasan por la eliminación física del “otro como distinto”

³ Estas formas de agrupamientos o de adscripciones identitarias (infantil/juvenil) se configuraron en escenarios de guerra civil en Centroamérica (El Salvador, Guatemala, Honduras) y en los procesos migratorios como formas de estrategia familiar para proteger la integridad física y afectiva de los niños (as), adolescentes y jóvenes de esa época, por lo que el surgimiento de la MS-13 y la pandilla del B-18 se da en la década de 1980 en el país de llegada, que por excelencia fue/es Estados Unidos de América.



© Federico Gama.

(la alteridad), aunque creo que lo que subyace es borrarlo en su carácter identitario; es decir, en la batalla urbana que protagonizan no sólo se trataría de asesinar al otro, sino que a través de su muerte se intenta (en el imaginario) borrar su adscripción grupal o su adscripción identitaria, según sea el caso como elemento de la MS-13 o de la pandilla del Barrio 18.

La siguiente entrevista, realizada el 24 de noviembre de 2008, a un joven de 14 años, miembro de la pandilla del Barrio 18 en El Salvador, es muy elocuente al respecto y fuerte en el discurso:

Simón, la raza, hasta la muerte, va, órale ahí va, copiado ahí va, la raza 18 va, hasta la muerte me entiendes, va, nuestro barrio 18 va, aquí en El Salvador, me entiendes va, nos protegemos hasta la muerte va, barrio 18, la Uno-Ocho, me entiendes va, lo que nosotros llevamos de corazón va, a huevo, me entiendes va, desde que nacemos hasta la muerte, el día que te guste brincar, llevas el barrio de cora, me entiendes va, y si vos te lo planchas en el cuerpo, así como yo lo ando, “la *eighteen street*” va, a huevo, me entiendes va, no tenéis que andar cruzando palabras con los chavalas, me entiendes va, si te topas un chavala, lo reventáis, me entiendes va, son los contrarios me entiendes, no la llevan con nosotros, a huevo va, esos culeritos tratan de imitarnos, pero no pueden contra nosotros va, porque a huevo, me entiendes, somos más y llevamos el barrio de cora, me entiendes va, hasta la muerte va, a esos culeros los explotamos

me entiendes va, los chavalas contra nosotros va, hasta la muerte, me entiendes, a esos culeros los matamos y no nos dicen nada, me entiendes va, tenemos un armamento recio porque somos el barrio 18 que controla El Salvador va, que controla El Salvador y a nivel mundial me entiendes va, Argentina, todo va, Canadá, Belice, Guatemala, va, Honduras, Nicaragua, El Salvador, El Salvador en grande, me entiendes va, la 18, El Salvador te saluda va, todos los hombres de la 18 en grande va, los chavalas a la verga, la Mierda Seca a la verga, la Mierda Seca me entiendes va....⁴

Quizá lo más llamativo de esta narración sea cierto “fanatismo identitario” por el Barrio 18, la rivalidad a muerte contra los miembros de la Mara Salvatrucha y las redes transnacionales de la pandilla.

De los contextos a los textos etnográficos

Uno de los asuntos centrales para la comprensión de la emergencia de la Mara Salvatrucha y la *pandilla* del Barrio 18 es situar y ubicar los contextos sociales, políticos, económicos y culturales de la localidad, la región y el país, tanto en la que se produce y reproduce su conocimiento como su condición contemporánea, ya sea en Centroamérica (la patria de origen), o en Estados Unidos (la patria de llegada).

Esta ubicación de los contextos de ninguna manera implica una vuelta a las posturas estructuralistas/deterministas, sino una recuperación en tanto su valor como claves interpretativas/

⁴ En este relato, cuando se habla de *brincar* tiene que ver con el ritual de ingreso al grupo; de *cora*, se refiere de corazón; los *chavalas*, como *la mierda seca*, alude a los integrantes de la Mara Salvatrucha.

comprendidas de esas situaciones juveniles, por lo que la trayectoria de análisis estaría establecida de la antropología interpretativa (Geertz), pasando por la antropología reflexiva (Bourdieu) y la antropología multisituada (Marcus).

Por tanto, una pregunta fundamental es la siguiente: ¿cuáles serían las cualidades más significativas de esos nuevos contextos que están configurando lo contemporáneo, o que le están dando nuevos rostros a las adscripciones identitarias de la MS-13 y la pandilla del B-18, en particular en El Salvador y Honduras?

Considero que hay varios sucesos o acontecimientos paradigmáticos que van definiendo esas nuevas modalidades en las dinámicas actuales de estos agrupamientos o adscripciones identitarias. Uno de ellos es la gran debilidad de los Estados-nación, en el entendido de que definitivamente ya no están cumpliendo sus funciones sociales en proveer los mínimos en educación, salud, empleo, vivienda y seguridad respecto a la población en general, y en particular respecto a los sectores juveniles más desprotegidos (material y simbólicamente hablando); es decir, los niveles de empobrecimiento crecen cada vez y ello muestra el fracaso del proyecto neoliberal aplicado en la mayoría de países de América Latina.

El otro asunto es el hecho de que desde hace rato los estados-nación dejaron de mediar los conflictos y las tensiones sociales, por lo que su legalidad se ve cuestionada por la emergencia de ciertos agrupamientos que le disputan su presencia, como son, por ejemplo, el avance y el fortalecimiento del crimen organizado a escala transnacional, cuyas manifestaciones más duras se encuentran en el narcotráfico, la venta clandestina de armas, el tráfico de personas, el robo de identidades, el secuestro, el robo de autos de lujo y el tráfico de órganos, entre las más emblemáticas y que dan cuenta de esta situación.

Esto conlleva a sostener que, particularmente en El Salvador y Honduras, el Estado no logró desmontar ni desarticular determinadas estructuras o maquinarias de la represión y la contrainsurgencia, por lo que éstos siguen funcionando y operando; por ejemplo, los cuerpos de élite del ejército salvadoreño en su formato de

kaibiles (entrenados por militares estadounidenses en la Escuela de Las Américas), los paramilitares utilizados como fuerzas de choque, los temibles escuadrones de la muerte —ahora en su versión de *La sombra negra*, dedicados a las ejecuciones extrajudiciales y la limpieza social, y los sicarios —una suerte de modernos mercenarios—. Situación que, en palabras de Tilly (2003), configura una gran diversidad de *profesionales* en el mercado de la muerte. Lo paradójico es que actualmente los índices de violencia en El Salvador son bastante más altos que los registrados en tiempos de la guerra civil a finales de la década de 1980 y principios de la de 1990.

En este sentido, a mediados de los años noventa las fuerzas más conservadoras son las que llegan al poder en El Salvador a través del partido Arena de ultra derecha,⁵ muy vinculados a la Iglesia católica, a los empresarios locales y al capital transnacional, quienes construyen un enemigo público en el cual depositar todos los males sociales y adjudicarle las causas de la inseguridad y la violencia: la MS-13 y la pandilla del Barrio 18. En sí, se tiene un Estado muy debilitado, acotado, y cada vez más desafiado en la administración del poder por la acción de nuevos y diversos actores sociales.

Otro suceso de suma importancia es la aplicación de los programas de mano dura y súper mano dura instrumentados particularmente en



© Federico Gama.

⁵ Después de más de veinte años en el poder, Arena, acaba de perder las elecciones presidenciales ante el candidato Mauricio Funes, del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

El Salvador y Honduras, a partir del 2004, lo cual implicó el encarcelamiento de todo joven sospechoso, ya sea por su estética corporal, o su estilo de agrupamiento, de pertenecer a la MS-13, o a la pandilla del B-18. Acontecimientos en los cuales se violaron sistemáticamente los derechos humanos de estos jóvenes y, en casos extremos, se llegó al aniquilamiento y asesinato de miles de ellos, tanto al interior de las cárceles como en el espacio público de la calle, los barrios y en los lugares del entretenimiento: como en las canchas de fútbol.

Estos son algunos de los contextos más significativos a partir de los cuales se fueron construyendo determinadas narrativas académicas y mediáticas dominantes en relación con la manera en que se representaba en el imaginario colectivo a los agrupamientos de la Mara Salvatrucha y a los pertenecientes a la pandilla del Barrio 18, que implicaba considerarlos como los únicos causantes de las violencias sociales. Situación que construyó un miedo y pánico social en una parte importante de la población con respecto a los integrantes de estos agrupamientos, o adscripciones identitarias juveniles, plagado de prejuicios, estereotipos, estigmas y mitos.

Estas circunstancias sociales y culturales —entre otras— fueron alimentando la construcción de categorías o dimensiones de análisis de tal condición juvenil o, dicho de otra manera, se fueron edificando desde una parte de la academia, especialmente por parte de los medios masivos de información, ciertas narrativas y articuladores culturales en los que se fue circunscribiendo a los jóvenes pertenecientes tanto a la Mara Salvatrucha como a la pandilla del Barrio 18.

En este sentido, creemos que las categorías y los articuladores culturales más significativos que empezaron a nombrarse —y que por ende fueron construyendo toda una narrativa— se jugaron en los siguientes ejes o planos: las violencias sociales, los tatuajes, los procesos migratorios-sujetos juveniles transnacionales, las deportaciones de pandilleros, el uso social de sustancias ilegales, el crimen organizado y la cultura de la muerte.

Leamos la siguiente secuencia de entrevista realizada a la doctora Amparo Marroquín, investigadora de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas en El Salvador, el 12 de noviembre de 2008:

Alfredo. —**Vayamos entonces con el otro paradigma, las leyes de mano dura y súper mano dura, ¿cómo fue la construcción mediática?**

Amparo: [...] yo hice como dos estudios al mismo tiempo, hice uno que era sobre migraciones pero que era como mucho más largo y otro sobre pandillas sobre cómo la prensa estaba tratando a las pandillas, yo lo que me encontré fueron [...] cuatro grandes narrativas, [...] y, esto es ya justamente 2004/2005 [...] primero una narrativa donde se construye el sujeto, los medios de comunicación construyen al pandillero y, el pandillero, según los medios de comunicación: es hombre, es joven, está tatuado, rapado, ropa floja..

Alfredo. —**Acholado.**

Amparo: Si, totalmente [...] una segunda narrativa para mí tiene que ver con el sujeto verbo, el verbo que se designa al sujeto, siempre son verbos relacionados con la violencia, asesinan, matan, violan, roban, todos los verbos tienen que ver con esto y yo hice el trabajo en los periódicos de Honduras, de Guatemala y del Salvador. Los medios de comunicación que trabajaban de una manera menos estigmatizadora [...] son los de Guatemala, la explicación tenía que ver, en el momento en el que yo hago el estudio, tenía que ver con dos cosas, por una lado Guatemala, de los tres países, son los únicos que tienen medios amarillistas y medios serios, nosotros no tenemos esta división entre tabloides y no tabloides, entonces claro, acá todo va al mismo recipiente y entonces te salen este tipo de notas a veces muy amarillistas, en cambio en Guatemala, los periódicos serios, respetan, trabajan como con más cuidado el tipo de la asignación [...]. Pero por otro lado, de ser una primera explicación, la segunda explicación tiene que ver con que cuando yo hice el trabajo, tanto Honduras como El Salvador, estaban en campañas políticas y Guatemala no, entonces cuando hay campaña política, de alguna manera aparecen con mucha más fuerza y, después, el otro está ahí pero tampoco, entonces, me encontré [...] con esta asignación digamos de la violencia como el ejercicio y me he encontrado que los medios de comunicación dan tres explicaciones de esta violencia; una explicación tenía que ver con que los jóvenes de pandillas ejercen violencia porque están en una guerra contra la pandilla contraria, entonces ellos van a asesinar a alguien de la pandilla contraria etcétera. Segunda explicación, los pandilleros ejercen violencia hacia la sociedad porque la sociedad no los obedece, porque no pagan la renta, un muchacho no se quería meter a la pandilla, entonces lo fueron a matar, crean toda esta sensación de que hay que obedecer a las pandillas, o sea ya el orden para legal digamos.



© Federico Gama.

Y una tercera explicación que de hecho me la encontré en algunos periódicos de Guatemala, tenía que ver con todo este tema de realizar ritos satánicos, se les mete el diablo que para mí era la explicación como más peligrosa en el sentido de que ahí tienes dos temas, por un lado, no les adjudicas a ellos la responsabilidad de la violencia que están ejerciendo [...] porque si se les metió el diablo que culpa tienen ellos y por otro lado [...] incrementas la espiral del miedo que se está produciendo porque entonces en realidad no hay manera de controlarlo, o sea, en cualquier momento voy pasando se les mete el diablo y me van a matar [...]. Entonces tenemos primero la narrativa de la estética del sujeto, segundo la manera como ejercen la violencia, tercera la narrativa que yo me encontré es el adjetivo que se les pone a ese sujeto que es el adjetivo deportado. Entonces, esas notas sobre deportados y maras siguen saliendo, siguen saliendo y siguen como haciendo denso el tema y si la periodista fulana de tal se fue en un avión donde venían deportados de las peores cárceles criminales y, ese avión ya llegó al Salvador, entonces, hacen mucho ese tipo de cobertura, entonces, el tema de deportados, sigue siendo un discurso muy fuerte.

A partir de lo anterior queda clara la manera en que los discursos dominantes, como el mediático, construyen a un enemigo público llamado la Mara Salvatrucha y los pandilleros del Barrio 18, descontextualizándolos y saturando su representación social, en el sentido de que tornan visible la parte en que estos agrupamientos ejercen la violencia y, por consiguiente, hacen invisible el contexto cuando son ellos objetos de violencia, es decir, cuando son aniquilados, eliminados o simplemente asesinados justamente por los *profesionales de la muerte*.

El sujeto de la enunciación en la construcción de conocimientos situados: la utilidad social

Uno de los debates contemporáneos más agudos en ciencias sociales —en especial, en una parte de la psicología social, la sociología de la cultura y la antropología simbólica— está relacionado con la cualidad de los conocimientos construidos, es decir, con el estatuto epistémico perceptible como parte del rigor científico, tanto en el uso de la “caja de herramientas teóricas” (Ibáñez, 1988, 1992) en consonancia con el diseño de las estrategias metodológicas (el dispositivo en sí de la investigación e intervención social), como de la utilidad social de esos conocimientos; en otras palabras, su valor en lo político. Tal debate tiene varios pliegues, o se manifiesta a través de diferentes rostros y tesis: marcaremos tan sólo algunos de éstos.

Uno de ellos, poco explicitado, es el lugar del sujeto de la enunciación —llámese gestor, etnógrafo, investigador— en relación con el objeto de estudio y los sujetos de la investigación y/o la intervención, en este caso la MS-13 y la pandilla del Barrio 18. Esto conlleva a la necesidad de situar y reflexionar la propia subjetividad del gestor en la reconstrucción de sentidos y significados de los sujetos de la investigación y/o la intervención.

En este tenor es importante emprender o activar el proceso y el camino de lo que Bourdieu (2003; Bourdieu y Wacquant, 1995) ha denominado “objetivar el sujeto de la objetivación”. Situación que lleva a sostener que la “mirada” que “mira”, o va a “mirar”, a los sujetos transnacionales agrupados es una “mirada” construida, por lo cual es imprescindible que el etnógrafo, investigador o gestor reflexione —antropología

DESDE...



© Federico Gama.

reflexiva— los contenidos subjetivos/objetivos de su particular “mirada”, su lugar de la enunciación, y, por consiguiente, de su posicionamiento político.

En este sentido, comparto al lector las siguientes notas de mi diario de campo respecto a mis miedos, las sensibilidades y preocupaciones como investigador en el momento en que emprendo el viaje y llego a El Salvador, así como mis primeras observaciones e impresiones recorriendo la ciudad:

Sábado 18 de octubre de 2008

Finalmente llegó el día y el tiempo: viajo a El Salvador como profesor huésped de la Universidad Centroamericana (UCA) José Simeón Cañas (tres meses), a partir de la beca otorgada por mi *antro* del saber: Universidad Autónoma Metropolitana/Iztapalapa [en la ciudad de México], bajo la denominación: “Beca de investigación bibliográfica en el extranjero”.

Estoy un poco inquieto, ya que sé que El Salvador es el país más violento de América Latina y además la situación de las maras y las pandillas está muy difícil, a decir de los colegas Salvadoreños: “muy caliente”.

La idea con respecto a la investigación que estoy corriendo es recopilar información lo más actualizada posible en relación a la situación de las maras, la pandilla, la violencia, la muerte y las cárceles. Levantar imágenes fijas (fotografía), quizás algunas entrevistas con maras y pandillas (Barrio 18), y más que nada con los equipos de investigación e intervención; ya sean universitarios o de las asociaciones civiles.

Domingo 19 de octubre de 2008

Caminé alrededor de la UCA con Juan, amigo colombiano, filósofo del ser. Los custodios de la universidad nos recomiendan andar con cuidado, no ir solos al centro (recordar que El Salvador es la ciudad más violenta de América Latina), ponernos listos (salvatruchos) y si nos piden algunos colones (moneda salvadoreña que ya no existe, ahora son dólares), dárselos.

Roxana Martel me lleva por la tarde al centro de El Salvador (lleno de vendedores ambulantes y comercio ilegal). Tengo varias sensaciones: es un centro deteriorado y abandonado, aunque muy de Latinoamérica (parecido al de Caracas). Se desborda el desorden urbano y se respira cierta tensión (así lo sentí: me entró algo de miedo), quizás reforzado por las constantes menciones de los amigos salvadoreños del cuidado que hay que tener circulando la ciudad en esa zona peligrosa (eso hizo que no tomara fotografías del centro por discreción, a fin de no hacerme visible como extranjero o forastero).

Me comenta Roxana que los turistas difícilmente van al centro, ni mucho menos la clase media alta y rica de El Salvador, que se la pasan en los centros comerciales y en la playa. A su vez, esa área es conocida porque se pueden conseguir toda clase de cosas y objetos ilegales (robados), drogas, armas, prostitutas y demás.

Escena urbana: dos policías revisando a dos chicos contra la pared (abiertos de piernas) y tomándoles sus datos en una mini libreta. Metralletas a un costado. Situación común, ya que la policía tiene esa facultad de detener a quien desee (no tomé fotografías por precaución).

Cuando reflexiono en relato de lo que estaba sintiendo, es claro que la construcción de mi miedo tenía que ver con varios motivos, uno: las lecturas previas que había hecho y daban cuenta de la violencia en el país centroamericano; dos: las constantes recomendaciones de los colegas respecto a cuidarme, o incluso andar con camisa de manga larga por los tatuajes que tengo en mis brazos; tres: la saturación de noticias de la violencia y muertes que llevan a cabo los medios, tanto en la prensa escrita como en los espacios de la televisión; cuatro: las constantes imágenes urbanas que observaba al circular la ciudad: policías fuertemente armados vigilando casas, edificios, negocios, gasolineras, y los propios sistemas de vigilancia en las colonias: cámaras de video y alambres de púas, incluso en los sectores de la clase media y baja.

Debo decir que el miedo social me invadió y fue una de las constantes que me acompañaron en todo momento en mi trabajo de campo no sólo en El Salvador, también en Honduras y Guatemala. Creo que esto repercutió en el levantamiento visual, es decir, me inhibió en la toma de fotografías y en la manera en que transitaba la ciudad o los barrios; no tomaba los camiones del sistema urbano, sino que me transportaba en taxi por seguridad. Diría que mi objeto y mis sujetos de la investigación me atraparon y, más aún, el miedo se instaló y atravesó mi cuerpo; ya que me dolía por la tensión y empecé a tener trastornos en el sueño.

A partir de estas vivencias, me parece de suma importancia para el quehacer etnográfico edificar un dispositivo metodológico a partir del cual se cuente con un equipo de acompañamiento que no sólo marque las directrices, sino que funcione como contención de esas realidades extremas en que se sitúa el investigador, ya que se está interviniendo en situaciones de violencias, muerte y de exterminio de determinadas adscripciones identitarias (juveniles).

Si las “miradas” que “miran” las diversas realidades de la Mara Salvatrucha y la pandilla del

Barrio 18 son construidas, entonces esto nos lleva a afirmar que la “verdad”, en todo caso, sería una “verdad” relativa, en tanto distintos recortes de la realidad social; es decir, no hay verdades absolutas, ni tampoco neutras o puras, lo cual nos alejaría de cualquier dogma, fanatismo o fetichización teórica de una parte de la investigación y del pragmatismo en que a veces cae la intervención social: un hacer por hacer, sin reflexionar en lo que se hace cuando se investiga o interviene, y que carece de cualquier sentido y utilidad social.

Otros de los aspectos del debate en ciencias sociales es lo relacionado con la utilidad social y política de los conocimientos y saberes construidos vía la investigación y la intervención social. En tanto las ciencias son un discurso oral y visual, entran en la disputa en la edificación e imposición de sentido y significado respecto a los otros discursos hegemónicos e institucionales: la academia, la familia, la educación, la religión, los medios masivos de comunicación; en el caso que nos ocupa, ello sucede cuando se dice y representa visualmente a este tipo de agrupamientos o de adscripciones identitarias, que suelen ser muy espectaculares dada su estética, puesta en escena y las características de la creación de su presencia.

Desde la academia, de entrada esta disputa debe darse en su interior, es decir, confrontando los discursos académicos “conservadores” y que abonan a favor del *status quo*, por lo que urge recuperar el carácter crítico en relación con esos discursos hegemónicos, de ahí que la función estaría encaminada a desmontar esos *decires* e imágenes del poder cuando se nombra y representa a la *mara* y a la *pandilla*, en particular desde los discursos *mediáticos*. Una vía sería contextualizar justamente esas imágenes o narrativas en función de marcar las condiciones sociales y culturales en las cuales se han construido, señalar la trama de vínculos en que se producen/reproducen y anteponer a la saturación o híper visibilización de los sujetos de las *maras* y las *pandillas* cuando algunos de ellos ejercen la violencia; a las iconografías o narrativas de cuando ellos padecen la violencia, es decir, mostrar lo que no muestran las narrativas hegemónicas: los relatos e imágenes en que son ajusticiados extrajudicialmente, o las constantes detenciones y desapariciones que sufren por parte de los cuerpos de seguridad del Estado.

Tales discursos devienen o decantan en determinadas narrativas orales y visuales, por ejemplo: las narrativas de la violencia de las *maras* y las *pandillas*, o las narrativas del miedo y el temor social respecto a este tipo de agrupamientos, o las narrativas en tanto rechazo a las

modificaciones corporales que llevan a cabo una gran parte de los integrantes de estas adscripciones identitarias (juveniles). Estas narrativas van alimentando el imaginario colectivo a partir de los cuales se edifican una serie de estigmas —la identidad deteriorada diría Goffman—, prejuicios y estereotipos que en las relaciones sociales con miembros de estos sujetos, operan y aplican permanentemente.

Dispositivos metodológicos

En el diseño de los dispositivos metodológicos descriptivos y comprensivos, cuantitativos y cualitativos, que en su combinación conllevan la imposición de lo que se conoce como metodologías triangulares, nos conducen en la trayectoria de interrelacionar o conectar la parte objetiva de las realidades sociales —lo macro— de esos sujetos transnacionales: la MS-13 y la *pandilla* del Barrio 18 —datos, cifras, porcentajes—, con el sustrato de las subjetividades colectivas —lo micro de las grupalidades, el lenguaje, lo simbólico—; en palabras de Martin Hopenhay (2005), estaríamos situados en estudios de investigación etnográfica a nivel “meso”.

Esta dimensión analítica *meso* sería un espacio teórico de desmontaje de las narrativas hegemónicas en la medida en que utilicemos los datos “duros” que generan las propias instituciones del Estado, los centros de investigación, las organizaciones de la sociedad civil y la academia respecto a las situaciones de la violencia, la muerte y el miedo social; y las contraponemos a una etnografía densa y contextualizada, a partir de la cual demos voz a los sin voz y se tornen visibles los sujetos divergentes y alternos. La metáfora sería la de un péndulo, que va oscilando o articulando de lo macro a lo micro y de lo micro a lo macro.

Dentro de lo denominado descriptivo/cuantitativo destacamos los análisis de las bases de datos —encuestas nacionales/locales, reportes— y en lo comprensivo/cualitativo destacamos las narrativas como método de investigación, el análisis oral: grupos focales, historias de vida, entrevistas a profundidad, y el visual: fotografía, documental y video.

Palabras finales

Estas son las primeras aproximaciones de reflexión etnográfica que realizo después de mi trabajo de campo con sujetos sociales y actores culturales adscritos identitariamente a la *Mara Salvatrucha* y a la *pandilla* del Barrio 18. Sujetos transnacionales situados en nuevos contextos que conllevan al mismo tiempo cambios vertiginosos en las actuales dinámicas y estructuras de configuración de estos agrupamientos,



© Federico Gama.

lo cual nos coloca en serias dificultades como etnógrafos en tanto algunas categorías de análisis teórico ya no alcanzan para tratar de captar o comprender; además, deben repensarse ciertos dispositivos metodológicos tradicionales tipo observación participante, por lo que reditúa más, por ejemplo, la etnografía multisituada, sobre todo por la movilidad en el tiempo y el espacio social en que se ubican estas adscripciones identitarias.

Aunado a lo anterior, la complejidad aumenta en la medida en que trabajamos con sujetos socialmente muy marcados, a quienes se les ha recargado el estigma, los estereotipos y los prejuicios; dada la actual represión contra ellos, que se traduce en detenciones arbitrarias, desapariciones y ejecuciones extrajudiciales, se han

vuelto invisibles en el espacio público, es decir, han dejado de tener un anclaje territorial —ahora difícilmente se les encuentra en las esquinas, las calles y los barrios—, por lo que se han convertido en una especie de nómadas como estrategia para no ser detectados o identificados.

A su vez, como sujeto de la enunciación, la información que he construido a través de las narrativas orales e iconografías (600 fotografías), no alcanzo todavía a elaborarla o asimilarla, en tanto que el material, real y simbólicamente hablando, es muy fuerte, me impacta y sigue movilizando mis afectividades. Aunque lo que sí puedo decir es que me estoy acercando a la construcción de ciertas dimensiones que me permitirán el análisis “meso”, de lo micro a lo macro y viceversa.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre, “Por qué las ciencias sociales deben ser tomadas como objeto”, en *El oficio de científico. Ciencia de la ciencia y reflexividad*, Barcelona, Anagrama, 2003, pp. 149-195.
- Bourdieu, Pierre y J.D. Wacquant Loïc, “La objetivación del sujeto objetivante” y “Una objetivación participante”, en *Respuestas. Por una antropología reflexiva*, México, Grijalbo, 1995 pp. 149-157 y 191-196.
- Hopenhayn, Martin, *América Latina. Desigual y descendida*, Buenos Aires, Norma, 2005.
- Ibáñez, Tomás (coord.), *Ideologías de la vida cotidiana*, Madrid, Sendai, 1988.
- _____ (coord.), *El conocimiento de la realidad social*, Madrid, Sendai, 1992.
- Kearney, Michael, “The Local and the Global: The Anthropology of Globalization and Transnationalism”, en *Annual Review of Anthropology*, vol. 24, 1998, pp. 547-565.
- Tilly, Charles, *The Politics of Collective Violence*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003.



RESEÑAS

